


MERCADO DEL PUENTE DE VALLECAS

# Sólo el tiempo nos separa

PILAR GALINDO

Ángeles Rodríguez Hidalgo, 1900-1993, leyó cincelado en la piedra debajo del busto de la abuela rockera. Todavía recordaba cuando lo colocaron, en medio del bulevar, y ya han pasado diez años. Camino del mercado, volvió a reflexionar sobre la sentencia que el barrio vallecano decidió escribir en el homenaje a la abuela Ángeles: "Adiós abuela, amiga rockera, sólo el tiempo nos separa", aparte de una sincera despedida, ¿qué quería decir esto, por qué pensamos que todos nos vamos a encontrar en el mismo lugar, es que acaso nos creemos inmortales porque sólo así el hombre es capaz de sacar esa fuerza interior de la que hablaron los Elegidos y seguir nadando en el mar en que a cada uno le tocó naufragar? Ella aún está aquí con su chupa de cuero, ahora un cuero más metalizado que nunca, la mano alzada con un saludo macarra, aunque le han mutilado dos dedos, sonrisa de libertad y mirada viva. Liado en sus pensamientos, se dio cuenta de que la gente lo observaba, algunos con más disimulo, otros de arriba abajo. No me extraña que me miren, pensó, después de las semanas que llevo, pero me gusta este barrio porque la personas siguen mirando a los ojos y, si es necesario, se paran y te vuelven a mirar. Algunos hasta se ríen.

Últimamente, los dolores de cabeza le estaban matando. No sé cuándo empezaron exactamente, pero ya se están convirtiendo en parte de mí, dos duras piedras presionando encima de la frente, una a cada lado, como si quisieran succionar parte del cerebro que me sobra.



No había ido al médico, para qué, de ser así también le tendría que contar lo de las repentinas ansias por la comida, que luego no podía evitar vomitar, y lo del pelo. Debe ser el estrés, se decía, trabajo demasiado y no duermo bien. Tanto decirle a mi hija que coma, que se está quedando muy flacucha, que si es que no ha visto el anuncio ese de una modelo que tuvo anorexia... y, claro, las consiguientes broncas con la que fue mi mujer, que vive con ella y parece que no tiene ojos en la cara. Y ahora soy yo el que me encuentro con el problema, ¡a mi edad! Esa debe ser precisamente la causa, la edad, me estoy haciendo viejo antes de tiempo, no como la abuela Ángeles. Por eso me levanté una mañana y todo mi pelo, héroe glorioso de lo que en otra época auguraba una calvicie predestinada, se había vuelto enteramente blanco, más suave y fuerte, como más rizado, pero blanco, y no sólo el cabello, también el vello del resto del cuerpo. Sí, definitivamente, tampoco hay por qué dramatizar, debe ser la edad. Le convenía divertirse más, salir, incluso ¡ojalá! volver a enamorarse, reconoció.

Siguió bajando por el bulevar mientras sorprendió a la mujer del quiosco alargando el cuello entre las revistas, luego el cuerpo, para mirar no sé qué, hasta el punto de casi caerse encima de la torreta de periódicos.

Al llegar al Mercado del Puente de Vallecas, subió las escaleras de una de las cuatro entradas del recinto y uno de sus pies tropezó torpemente con el otro mientras le llamaba la atención el cartel "Zapatero rápido. Planta Alta. Pasillo Central". No estaría de más pasarse por allí y que el zapatero le rellenara con algún invento rápido los zapatos, que muy buenos y muy caros, pero habían dado de sí y cada vez le estaban más grandes.

-¿Cuántos le pongo? -preguntó con un acento extraño el chico alto y fuerte del puesto de comestibles donde solía comprar esos fantásticos dulces caseros árabes que tanto le gustaban.

-Póngame medio kilo de éstos -dijo, señalando una especie de bayonesas con almendras, sésamo y miel, mientras se fijó en unas cajas de Harira Maggi. Qué curioso, ya hacen hasta harira en sobre; dentro de poco no vamos a tener ni que venir a hacer la compra.

Un nutrido grupo de gente esperaba cola en la carnicería musulmana de al lado de los Comestibles Zacarías, sorprendidos y con semblante de preocupación escuchaban las noticias por la radio. "Dos atentados suicidas en Estambul han causado la muerte a 27 personas y más de 450 heridos. Los dos coches bomba se estrellaron esta mañana contra el consulado británico, en el centro de la ciudad, y más al norte contra la sede de un importante banco inglés. El ataque dejó un enorme socavón frente al edificio diplomático y provocó el derrumbamiento del muro que lo rodea. Una inmensa columna de humo cubrió de inmediato el área, al tiempo que desataba el caos. Decenas de personas corrían sin rumbo por la turística calle de Istiklal, mientras los heridos y los muertos quedaban tendidos en el asfalto. Un panadero que tiene su establecimiento a escasos metros del consulado manifestaba histérico: Mientras escapaba corriendo hacia mi casa, vi un trozo de brazo y varios intestinos tirados por el suelo. ¿Qué clase de musulmanes pueden hacer esto?, preguntaba. En la zona del banco, el espectáculo de sangre era parecido. Mientras unas 600 personas trabajaban en ese instante, una parte del edificio saltó por los aires. La organización extremista Al Qaeda ha reivindicado la autoría de los atentados suicidas, de la misma manera que hizo ya la semana pasada adjudicándose los ataques con coche bomba a dos sinagogas de la misma ciudad turca. Otra noticia de hoy jueves 20 de noviembre, en Estados Unidos el cantante Michael Jackson, acusado de abuso sexual a menores, ha quedado en libertad bajo fianza de tres millones de dólares...".

Los clientes de la carnicería comenzaron a discutir frenéticamente en un idioma que él no entendía, al tiempo que uno de los dependientes reanudaba su labor cortando, ahora con más ahínco, unos costillares de cordero.

Los golpes sobre la piedra resonaban secamente en todo ese ala del mercado, marcando un ritmo desacompasado por encima de la nube de comentarios y murmullos del grupo de compradores.

¡Lo que les faltaba a los turcos!, pensó, si no han tenido bastante con que la guerra haya acabado con el turismo de americanos y alemanes, ahora se convierten en el hall terrorista de Inglaterra y Estados Unidos, en la diana laico-musulmana contra el moderno y selectivo estado del bienestar.

Delante de la carnicería, dos hombres empezaron a levantar la voz, gesticulando con ademanes exagerados en lo que parecía una discusión política motivada por el anuncio radiofónico, que cada vez se volvía más caliente. El resto del grupo, alentado por este revulsivo poco habitual en la espera de la compra, también se enfrascó en el enfrentamiento tomando partido por uno u otro. Aunque él no entendía nada de lo que decían, se acercó e intentó separar y apaciguar a los dos hombres que ahora se daban pequeños, pero prometedores, empujones. En cierto modo consiguió su propósito, los dos líderes se calmaron y se aliaron contra el intruso, al que nadie le había dado vela en el entierro, mientras las personas de alrededor le miraban extrañados y con miedo. Sí, creyó ver miedo en esas caras.

Un tanto desorientado, regresó a su lugar y pagó los dulces a Zacarías, tan simpático como siempre, pero que no dejaba de observarle con ojos de carnero degollado y levantaba las cejas mientras le devolvía el cambio. Qué le pasará hoy a este hombre, está raro aunque disimule. A lo mejor la locura se ha propagado con el humo de las explosiones por todo el planeta y vamos a acabar todos locos hoy y mañana juntitos y solidarios en el infierno.

Antes de marcharse, pasó por donde Ana Mari para comprar algo de fruta, unas manzanas y algunos de esos mangos, que tienen muy buena pinta. Notó que la mujer también tenía un comportamiento extraño, incluso le tocó un mechón de pelo con envidia.

-¡Lo que me gustaría a mí tener esos rizos tan blanquitos y suaves como usted! Y menos mal que están los tintes, porque con esta edad..., cada pelo ya tiene su propio color y no hay forma de que se pongan de acuerdo. ¿Se marcha el fin de semana? Qué bien, cuánto viaja usted.

Con tintes o sin ellos, le encantaba y le relajaba mirar a la frutera. Se regocijaba placenteramente en esos pequeños ojos llorosos llenos de cariño, de sedoso equilibrio, en esa energía que emanan sólo ciertas personas mayores que parecen decir que han sido consecuentes, justos y responsables en todos los actos de su vida -y, si no ha sido así, no se han dado cuenta, quizá por falta de malicia, quizá por ignorancia-, que da la impresión de que son felices y... hasta me parece que ya han conseguido contestarse a la histórica pregunta de qué hacemos aquí.

-Tenga cuidado. Parece que se vaya a caer.

-Lo tendré, gracias -le contestó mientras recogía las manzanas y los mangos. Se estaba haciendo tarde y aún le quedaba mucho trabajo por hacer hoy.

Resultó ser una premonición, porque saliendo por la puerta del mercado, casi cayó encima del chico que estaba sentado en las escaleras pidiendo unas monedas. A veces le resultaba violento; no, siempre le resultaba muy violento encontrar al mismo tipo con la misma cara y la misma ropa, siempre diciendo lo mismo y en el mismo lugar, siempre solo. Cierto es que en las ocasiones en que le había dado algo suelto, se había sentido bien, como si hubiese cubierto un buen trozo de la tarta del "porcentaje de buenas acciones obligatorias para hacer cada día". A saber, pero no terminaba de acostumbrarse a las miserias cotidianas de andar por casa, salvo quizá las suyas propias.

No tenía tiempo, esta vez no le daría nada. Lo siento, pero que se vaya alguna vez a otro sitio, que no somos de su propiedad.

-Cornudo.



Lo había dicho bajito, pero lo había oído perfectamente. Ese tipo mugriento le había llamado "cornudo". Se quedó perplejo. Mi venganza será terrible, no pienso volver a darle nada en la vida, igual hasta llamo a la policía para que se lo lleven de aquí de una puñetera vez.

Con el disgusto por el piropo, pero sin decir ni mu, se alejó.

Al pasar por delante del escaparate de una inmobiliaria, entre un bajo de San Diego de 182.000 euros con ganas de tomar tierra y un cuarto reformado en Peña Prieta, sin ascensor, por 190.000, allí estaba.

El cristal reflejaba una forma humana, con sólidas pezuñas que sobresalían de los caros zapatos, un lujoso tocado de vellón merino y, en todo lo alto, un par de magníficos ejemplares de cuernos, firmes, desafiantes y bien puestos. Sin duda, eso era un carnero, estaba viendo un carnero sobre dos patas con pesuños.

Reflexionó. A partir de ahora, debería mirarse con mayor atención en el espejo.

**PILAR GALINDO**
**PERIODISTA**

### Nota de la autora

Escribí este cuento en noviembre de 2003, un día en el que me apetecía decir "algo" motivada por unos atentados suicidas que ocurrieron en Estambul y en los que murieron decenas de personas. Estaba impresionada y conmovida por esos atentados y pensé que no muchos días antes, yo misma estaba paseando por esa calle de Estambul donde estalló uno de los coches-bomba. Me sentía muy cercana a aquella gente, porque no sólo el tiempo nos separa muy poquito, hoy ya ni el espacio nos separa, nada nos separa a los unos de los otros. Pero, desde luego, no imaginé que esta cercanía era tan, tan evidente. Algo más de tres meses después esas mismas bombas que matan a la gente corriente estallaron en mi propio barrio, en la estación donde cojo el tren cada día. Era cierto lo que escribí en el cuento en noviembre, "la locura se ha propagado con el humo de las explosiones por todo el planeta". Entonces, como ahora, sigo pensando que los cambios importantes empiezan por uno mismo y no podemos estar tan ciegos como el protagonista del cuento. Sirva la publicación de este relato y esta nota como un modesto homenaje y recuerdo más a las víctimas de los crueles atentados del 11 de marzo de 2004 en Madrid.

***Pilar Galindo**, abril de 2004*






## MERCADO DEL PUENTE DE VALLECAS

El Mercado del Puente de Vallecas se encuentra en el corazón de uno de los barrios más populares y populosos de Madrid. Construido en 1946, durante los últimos años ha conocido un cierto deterioro en sus instalaciones y su oferta comercial. En la actualidad cuenta con algo más de 100 puestos abiertos, de los que 73 son de alimentación perecedera, 9 de alimentación seca y el resto de otros tipos de comercio y servicios.

De cara al futuro inmediato, este mercado va a ser remodelado en base a las propuestas que contiene un reciente estudio realizado por MERCASA, en el que se recomienda modernizar tanto las instalaciones exteriores como interiores, y adecuar la mezcla comercial y la oferta de servicios del mercado.